

POR LOS CAMINOS DEL REINO
INTERIORIDAD

FICHA: HIJAS E HIJOS DE DIOS

ANEXO IV

ORIENTACIONES PARA LA REFLEXIÓN/ORACIÓN PERSONAL

Te ofrecemos algunas pistas para que profundices en este tema. Algunos elementos son más para la reflexión y otros te permitirán entrar en oración. Utilízalos sólo como pistas de partida, y deja que tu diálogo con Dios se vaya desarrollando...

1. Anota rasgos que consideras femeninos y masculinos, propios de varones y mujeres, o que habitualmente se consideran masculinos y femeninos. ¿Cuáles de ellos te parecen propios de Dios?
2. Lee alguno de los siguientes textos: Is, 46, 3; Os 11, 1-9; Is 49, 15; Is 66, 13. imagínate a Dios como madre... Ponte en su presencia, déjate acoger y abrazar por ella...
3. Vuelve a leer el texto del Génesis. Acércate a un espejo y mírate, de cuerpo entero. Tú, como eres, completamente, eres imagen y semejanza de Dios. Mira tus rasgos, todos tus rasgos, también los que te identifican como mujer u hombre, y piénsalos como rasgos de parecido con tu Padre/Madre. Da gracias a Dios por hacerte su hija o hijo, tal y como eres, mujer o varón.
4. Toma una foto de cuerpo entero de alguna persona del otro sexo importante para ti. Puede ser tu padre o tu madre, tu novia o novio, tu hermana o hermano u otro familiar, un amigo o amiga... Contéplala. Contempla en lo que es similar a ti y en lo que se diferencia. Ella (él), es también hija (hijo) de Dios, y sus diferencias reflejan también los rasgos de su Padre/Madre, que es el tuyo. Da gracias a Dios por hacernos diversos, iguales en dignidad, abiertos al encuentro, necesitados del/la otro/a para conocerle.
5. Lee Lc 10, 38-42.
Imagínate la escena. ¿Qué sentirían y pensarían cada uno de los personajes que intervienen?
Marta
 - Imagínate a Marta rumiando su enfado con María, que está haciendo cosas que “no son propias de su sexo”, creyéndose como un hombre, pretendiendo quedarse simplemente escuchando a Jesús, como los hombres, y dejándola a ella con todas las tareas. Seguramente había muchas personas allí, pero a Marta no se le ocurrió que ningún hombre pudiera ayudarle a preparar todo lo necesario para la comida y el alojamiento. Seguramente su hermano Lázaro también estaba escuchando a Jesús, pero Marta no pensó que él pudiera ayudarle...

- Seguramente a Marta le daba vergüenza qué pudieran pensar todos esos hombres de su hermana. ¿Quién iba a valorar a una mujer que se ponía a hacer cosas de hombres y que era tan descuidada con los quehaceres domésticos? ¿No veía María que se estaba poniendo en evidencia? Y el pobre Jesús, ¿qué pensaría de ella? Claro, Jesús era tan considerado... Pero debería ponerla en su sitio. Por su propio bien. Iba a decírselo a Jesús. Él debía llamarle la atención... María estaba siendo una descuidada y una vaga, y la que pagaba los platos rotos al final era ella, que tenía que hacer el trabajo de las dos...
- Piensa en todas las veces que tú has pensado que una mujer (o un hombre) estaba haciendo cosas que no eran “propias de su sexo”. Las veces que has pensado que no debería meterse en eso, o que no debería reaccionar así... O, lo mismo que Marta, que debería recoger los platos, limpiar la casa, atender a los niños... Tu madre, tu hermana... O que tú, como mujer o como hombre, has sentido esa censura explícita o implícita cuando has hecho algo que no era lo que se esperaba de ti como mujer u hombre...

Jesús

- Ahora ponte en el lugar de Jesús. Imagínate cómo miraría a María, que se atrevió a hacer lo que nadie esperaba de ella, que le estaba escuchando con tantas ganas, con tanto interés...
- Imagínate su mirada a Marta, su comprensión por su agobio, su pena al verla atrapada en una perspectiva y mentalidad estrechas, su deseo de invitarla también a ser libre y escoger la mejor parte...

María

- Y María... ponte en el lugar de María. Su deseo de escuchar a Jesús, su rebeldía contra la tradición que le obligaba a no aprender, a no mostrar deseos de saber, por el hecho de ser mujer... Seguramente Marta ya le había dicho, antes, a ella que la ayudara, seguramente ya le había afeado su conducta. En el fondo, tal vez María también tenía miedo de que Jesús opinara como Marta y la enviara a hacer las tareas que se esperaban de ella...
- Imagínatela conteniendo el aliento ante la intervención de Marta, delante de todos... de todos los hombres que, sin duda, también estarían pensando que qué hacía ella escuchando al maestro... Imagínate su alivio y su sonrisa al sentir a Jesús apoyándola, ratificando su derecho a aprender, a crecer espiritualmente, a elegir...

“María ha escogido la mejor parte, y nadie se la quitará”